

860  
A

PQ 6503

.A4  
M5

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



## MIS PLAGIOS

### I

**E**N fin, hablemos del Sr. D. Luis Bonafoux y Quintero; pero no crea el agraciado, como se dice de los que ganan un premio de la lotería, que me decido á publicar su nombre por espíritu de caridad; la caridad bien entendida—aunque él opinará hoy por hoy lo contrario—consistiría en no decir palabra de tal sujeto, dejándole en la merecida oscuridad en que vive, á pesar de todas las pajuelas de azufre escandaloso y pestilente que anda encendiendo por los rincones más intransitables de la prensa callejera; pajuelas cuya lumbre apaga el viento frío de la indiferencia pública, como diría Alonso Martínez, puesto en mi caso. No es caridad sa-



car á relucir estos nombres de muchachos exaltados, que tienen por enfermedad el prurito literario, y que, creyendo imitar lo que ni siquiera son capaces de comprender, insultan y calumnian, y llaman á esto sátira y crítica; y confundiendo lastimosamente las especies, censuran al escritor, no por sus literaturas, sino por vicios, pecados y hasta delitos reales ó supuestos, pero siempre extraños á la materia artística. La caridad consistiría en insistir público y crítica en no conocer á tales caballeros, en no querer saber quién son, por mucho que vociferen. Así podría lograrse, y se ha logrado muchas veces, que, cansados de su eterno monólogo, dejaran las letras para quien son, y buscaran pábulo á su actividad en cualquier otro género de profesión ú oficio. Respecto del Sr. Bonafoux, no hay caridad en este artículo, preciso es confesarlo; pero acaso la haya con relación á otros jóvenes y algunos viejos que pudieran tomar ejemplo de lo que aquí van á leer, para evitarse análogas malandanzas.

Tenga entendido, por consiguiente, el escritor filipino ó inca, ó lo que sea (ultramarino lo es), que si se adora la peana, es por el santo; de otro modo: que si se habla de él aquí, no es por él, sino porque conviene escoger uno entre muchos, y presentarlo á sus congéneres para que se miren en ese espejo.

II

Hace ya algunos años ¡oh Póstumo! escribía yo con Sánchez Pérez y otros amigos *El Solfeo*, y en este periódico, ó en alguno de los que le sucedieron con la misma dirección y sin grandes cambios de redactores, comencé á notar que colaboraba de vez en cuando uno de estos escritores *gratuitos* que llegan á convertirse en *obligatorios*, verdadera polilla de la prensa madrileña literaria, causa principal de su decadencia y de otros muchos males consiguientes; y noté también que el tal colaborador, dicho sea sin vanidad—¡ni qué vanidad cabe en esto!—procuraba imitar mis articulejos, y desde luego conseguía parecerseme en la poca aprensión con que yo abordaba algunas materias difíciles, sin más disculpa que el buen deseo y los pocos años; pero pronto advertí en sus ocurrencias cierta rudeza seca, una fraseología vulgar y de baja estofa, á que yo, á Dios gracias, no he descendido nunca. Y, valga la verdad, no sólo en esto, sino en otras muchas cosas de forma y fondo, creía yo distinguirme y aun separarme, hasta quedar á cien leguas, del Sosias importuno que en mi misma casa se me pre-



sentaba, de aquel espejo *de rigolade* que me molestaba y acababa por marearme, inspirándome repugnancia invencible. Por mucha modestia que yo tenga, y por mucha más que quiera aparentar, declaro que si hubiese creído que el Sr. Bonafoux, en cuanto escritor, se me parecía de veras, era como yo, no sólo hubiera arrojado la pluma, sino que me hubiese echado yo mismo al río, ó por lo menos en el surco. De resultas de todo esto, nació en mí una suprema antipatia, de la que era objeto aquel literato malicioso y atrevidillo que empezaba á firmar con el seudónimo de *Aramis*, que á él le parece ya tan famoso como el de Molière, ó el de Despraux, ó el de Figaro, ó el de Tirso.

*Y en aquel tiempo* yo no conocía al Sr. Bonafoux, el cual me escribió una carta muy fina, invitándome á comer con él y con su tío, embajador ó cosa así de una República americana. Las comidas iban á ser dos: una con tío y sobrino, y otra en compañía de muchos personajes, en un gran banquete que fué famoso, aquel en que Cánovas rogó á Castelar que aguase el vino. No recuerdo si contesté á las cartas é invitaciones; supongo que sí; pero lo cierto es que no fuí á comer con Bonafoux y Quintero. Y aprovecho la ocasión para declarar al tío, si vive, que el no portarme entonces con la proverbial galanteria de los hidalgos castellanos, fué por culpa del so-

brino, ó, mejor, de la antipatia que me inspiraba aquel escritor *desenfadado* y *original*, que, dicho sea con perdón, se me ponía, y sigue poniéndoseme, en la boca del estómago.

Pasaron los días, pasaron años, y yo, muy á mi placer, seguía sin conocer personalmente á Bonafoux. Debo añadir que no leía ya hacía mucho tiempo sus artículos. No recuerdo por quién ni cuándo, se me dijo una vez:—Ése es *ese* Bonafoux...—En efecto, exclamé; ese es el Bonafoux que yo tenía aquí (señalando al estómago). Hacía buen tiempo, y el escritor original y maleante llevaba levantado el cuello del gabán como si fuese á cantar epístola, ó como si no pudiera tolerar el frío. ¡Qué original! Nada, lo mismo que Alfonso Karr. ¡Qué rarezas! ¡Qué salidas! ¡Oh! Por algo *le llaman* (¿quién?) el hombre de la puerta de Fornos (¿Por qué?)... Y después de todo, puede ser un bendito. Pero me apresuro á decir que no lo parece. Como antipático... ¡lo es!

Al llegar aquí, se me podría decir que incurro en el defecto que censuro en Bonafoux y otros como él, puesto que me olvido de sus cualidades de escritor para hablar de su aspecto y de sus originalidades representadas. Pero contesto que en Bonafoux las *literaturas* van unidas inseparablemente á estos arranques geniales del hombre de la solapa enhiesta, y de la puerta de Fornos, y de las acusaciones infundadas é injurio-



sas que podrían llevarle ante la justicia, si uno tuviera mala intención y tiempo que perder.

Y vuelvo á mi narración. Una tarde, en la última primavera, se me presentó en mi rincón de Asturias un joven escritor americano, el señor Barreal, que no me dejará mentir, el cual me traía de parte de Bonafoux un libro, que conservo, titulado *Mosquetazos de Aramis*, con una dedicatoria de *manu auctor*, la cual decía: «Al autor de *La Regenta*, en prueba de simpatía, *Aramis*.» Yaquí un paréntesis: es así que, según el señor *Aramis*, *La Regenta* es un plagio, es decir, un robo literario, y sin embargo el autor de *La Regenta* le es simpático... luego el señor Bonafoux simpatiza con los ladrones.

Como yo no era, ni soy, ni seré capaz de corresponder á tamañas simpatías, ni lei el libro de *Aramis*, ni dí las gracias al autor por el regalo, ni dije al público palabra de semejante producto de las musas.

### III

La consecuencia que el tal Bonafoux (*Aramis* en el Helicón) saca de todo esto, es que yo soy un plagiarío, que le he robado á Zola una bellísima página que tomé de un libro suyo antes de escri-

birlo él; que *La Regenta* no es más que una mala traducción de *Madame Bovary*, y Zurita el mismo *Bovary* en persona; y mi *Pipá* ¡oh colmo de la venganza! una copia del *Periquín*, de Fernánflor. ¿Quién es *Periquín*? Juro por lo más sagrado que no conozco á ese *Periquín*, y que lo de plagiar á Fernánflor es una broma llevada al extremo. Pero vamos á cuentas, y pongámonos semiserios.

Todo lo que Bonafoux puede decir de mis obras, erigiéndose en crítico de ellas, me tiene sin cuidado; y en la absoluta sinceridad con que digo esto creerán cuantos me conozcan un poco, y el mismo *Aramis* acaso; para mí es un axioma que el tal Bonafoux no es de la clase de seres capaces de juzgar ó entender siquiera lo que yo escribo. Por esta parte sus censuras me producen el mismo efecto que me produjeran las de los toros de Guisando si pudieran escribir artículos.

Pero entre la hojarasca de los chistes y ocurrencias con que el buen *Aramis* aspira á molestarme, encuentro que me llama plagiarío, y esto merece contestación, no por quien lo dice, sino por quien puede leerlo, por casualidad, como yo mismo lo he leído.

Recuerdo haber escrito en alguna parte algo por el estilo: en materia de plagios literarios cabrá sostener si son legítimos ó no; pero el es-



critor de conciencia hará en este punto lo que ciertos comunistas, que además son personas decentes: predicán tal vez la abolición de la propiedad, pero no roban.

Soy muy escrupuloso en este particular, y seguro de no haber tomado en la vida un renglón ni una idea á nadie, me molesta que haya quien diga, siquiera sea un Aramis, que he plagiado á tal ó cual autor, aunque éste sea Cervantes.

Si el lorito de mi vecina, que me llama «borracho,» sin que yo haga caso de tal calumnia, me llamase plagiario... le llevaría ante los Tribunales. Lo mismo podría hacer con el Sr. Bonafoux, y él no debe de haberse fijado en esto. Prescindo de que me ha calumniado diciendo que he tomado á Zola una página bellísima de su *Pot-bouille* para un cuento de mis *Solos de Clarín*. *Pot-bouille* se publicó en 1882 y *Solos de Clarín* en 1881, es decir, un año antes; de modo que aquí la calumnia es evidente; pero prescindo de ella porque, por deficiencias legales relativas á las garantías de la propiedad intelectual, el plagio de que Bonafoux me acusa no es delito que produzca procedimiento de oficio, y, por consiguiente, su calumnia, moralmente, y jurídicamente también, tan vituperable como cualquier otra, ante la ley no puede ser perseguida con arreglo á nuestro Código penal.

Pero la injuria es evidente, y, á mi entender, injuria grave, comprendida en el art. 472, caso II del citado Código; y aunque yo viese las cosas algo abultadas y no fuese grave la injuria, nadie me podría negar que sea por lo menos leve; y el Sr. Bonafoux podía ser muy bonitamente condenado á la pena de arresto mayor en su grado mínimo, y por ser el ataque injurioso público y por escrito, á una multa de 125 á 1.250 pesetas.

Reconozca el Sr. Bonafoux que éstas son habas contadas. ¿No ha de ser injuria, leve por lo ménos, decir á un escritor que vive de sus obras, y éstas de ser originales, que las copia de las ajenas, que hurta á otros escritores páginas, tipos, situaciones, etc., etc.? Si el Sr. Bonafoux pudiera demostrar que yo copiaba mis cuentos y novelas, ¿no aniquilaría la poca fama que haya podido adquirir á fuerza de trabajo y de años de perseverante afán, para ganarme un puesto humilde en nuestras letras, y si no la comida, la cena de mis hijos? ¿Cree Bonafoux que los editores me comprarían mis libros si llegasen á pensar que he dado en la gracia de copiarlos?

¿Y con qué cara el Sr. Bonafoux se atreve á decir, siendo esto tan grave para mí, que he copiado á Zola, sabiendo que era imposible, pues lo que supone copiado se publicó un año antes que el supuesto original?



Que Bonafoux procedió de mala fe, es indudable. Pues si quiere disculparse diciendo que él no se detuvo á mirar en la cubierta de cada libro de qué año era, la disculpa será torpe. ¡Cómo! replicaremos todos; ¿usted aventura en público acusaciones tan graves, sin enterarse antes de que son fundadas? ¿Por qué dice usted que *Clarín* plagia á Zola sin que le conste? Mala fe y ligereza incalificables.

Pero ¿y los demás plagios? dirá Bonafoux, colorado, supongo yo, porque no creo que le falte la sangre oportuna que debe subirse al rostro en casos semejantes.

—Allá vamos, señor mío, allá vamos. Pero bueno es, y malo, malísimo para usted, que el juez ó tribunal que entienda en el asunto, sea el público, sea un tribunal de honor literario, tenga de usted estos antecedentes: que usted acusa de plagios imposibles *astronómicamente*, que usted calumnia á *Clarín* de modo evidente, é insiste, sin embargo, en probar *otros* plagios. ¿No es natural que los que hayan de juzgarnos estén poco propicios á creer las cavilaciones malévolas de usted?

—¿Y no tendría yo derecho á despreciar todas sus demás acusaciones de plagio, después de esa evidente calumnia?

Pero ya he dicho que no es por usted, sino

por los que pueden haberle leído, por quien yo doy explicaciones.

Y vamos á ellas.

#### IV

Dice Bonafoux (esto no lo he leído en escrito suyo, sino en un corresponsal de un periódico, que se refiere á ciertas frases de *Aramis* en *La Regencia*, diario que no he visto en mi vida; es mas, dudo que exista semejante periódico, y me fundo en que, según dicen, está inspirado por D. Pío Gullón, y ya se sabe que la ciencia moderna ha demostrado que D. Pío Gullón es un mito: es el dios del agua... de cerrajas); dice que mi *Pipá* está tomado del *Periquín* de Fernánflor.

Yo no conozco á ese *Periquín*, pero según me dicen, se trata de un niño pobre que en Nochebuena se ve abandonado, en la calle, entre la nieve, y después es recogido por unas damas, y entra en un sarao, ó no sé en dónde, etc., etc.

La acusación de que yo imité, plagié ó copié á D. Isidoro Fernández Flórez será absurda, desde luego, á los ojos de los que estén en ciertas interioridades psicológicas y sepan la opinión que tengo de las facultades literarias y artísticas del Sr. F. Flórez; facultades que no niego,



mas que son de indole tan distinta de las que yo para mi quisiera; pero como el público en general no está en autos, estos argumentos recónditos no me sirven.

Yo no he leído á *Periquin*. Esto no puede probarse. ¿Cómo he de probar yo que no lo he leído? Por aquí tampoco hay argumento ni probanza. Y sin embargo, ¡bien sabe Dios que no lo he leído!

Pero es el caso que *Pipá* está tomado del natural; vivió y murió en Oviedo; fué tal como yo le pinto, aparte las necesarias alteraciones á que el arte obliga; el que me lo confunda con uno de tantos muchachos como han figurado en esos cuentos de Navidad en que hay nieve, antitesis de niños ricos y bien comidos, etc., no me ha hecho el honor de enterarse de lo que es mi *Pipá*. ¡Cuántos pilluelos, en las condiciones generales de *Pipá* y de *Periquin*, andarán por esas literaturas romántico-cristianas! ¡Cuántos tipos, modelos de esta clase, no podríamos encontrar sólo en Dickens! Algunos tiene Ouida, uno tiene Dostoiewski en un cuento, que se parece mucho más á ese *Periquin*, por lo visto, que mi *Pipá*; y no creará nadie que el autor de *Crimen y castigo* copió á Fernánflor; ni tampoco dirá nadie que está sacado de *Periquin El pájaro en la nieve*, precioso boceto de Armando Palacio (otro mozo incapaz de imitar á Fernánflor, así

lo tonsuren). De *Pipá*, sabe todo Oviedo; el medio ambiente que le rodea es de Oviedo en parte, y en parte de Guadalajara... Y sobre todo, ¡cáscaras! que yo no he leído el *Periquin* de Fernánflor. Y sobre eso todavía, que yo no soy hombre para copiar, imitar ó plagiar á Fernánflor... ¡Si el alma un cristal tuviera, Sr. Bonafoux!

Y, en fin, ¿quiere usted que haya copiado el *Periquin*? Pues sea, bueno. ¡Después de todo, la cosa tiene gracia!

Todo lo demás que he copiado en este mundo, según Bonafoux, está sacado de *Madame Bovary*, que es entre literatos como sería entre teólogos escribir: *Et Verbum caro factum est*, etcétera, y después firmar: Ramón Nocedal, ó C. el conde de Toreno.

En esto de plagiar la *Madame Bovary*, no voy yo sólo ni mal acompañado; de igual delito acusa Bonafoux al novelista portugués Eça de Queiroz, al cual mira el malicioso mosquetero, ó mosquito literario, por encima del hombro. Eça de Queiroz, que no es tan comunicativo como yo (verdad es que también vale infinitamente más) no contesta singularmente á los Bonafoux de su tierra que le hablan de sus plagios. Dirigiéndose á todos, les dice lo siguiente: que sólo puede ver semejantes parecidos (1) *uma obtusidade*

(1) Se trataba de *La faute de l'abbé Mouret* y de *O Crime do Padre Amaro*.



*cornea ou uma ma fé cynica*. Ya lo oye Bonafoux, que por lo visto, *plagia*, como él diría, á los enemigos portugueses de Eça de Queiroz; escoja entre *uma ma fe cynica* ó *uma obtusidade cornea*.

Bonafoux debe de haber leído hace muy poco tiempo *Madame Bovary*, y está con tal lectura como niño con zapatos nuevos; y todo lo que ve se le antoja—ó tal finge—copiado de *Madame Bovary*. ¿Conque *El primo Basilio* está sacado de la novela de Flaubert? ¡Claro! Hay una mujer, un marido y un amante... pues cádate á Eça de Queiroz *otra vez* plagiario.

Por lo que á mí se refiere, como no creo que Aramis tenga una *obtusidad* de cuerno, y más bien creo en sus *agudezas*, sean del material que sean, no puedo ofrecerle semejante disyuntiva.

No quiero entrar en filosofías sobre lo que es plagio y no es plagio; sobre los ilustres ejemplos de imitación, y algo más que imitación, que nos dejaron los más famosos escritores; yo soy de los que opinan que cuanto más original se sea, mejor; que cuanto menos se parezca uno á los demás, mejor; que cuantas menos coincidencias haya entre nuestras obras y las ajenas, mejor. ¡A buena parte viene Bonafoux! ¡Soy un puritano! Soy de los que piensan que para la fama de Scarron, por ejemplo, hubiera valido más que su *Virgile travesti* no tuviera delante de sí

la *Eneida travestida* de Lalli; y, sobre todo, me parece que su *Roman comique* pierde mucho para los que saben del *Viaje entretenido*, de Agustín de Rojas.

El Sr. Bonafoux debe de saber que plagio recuerda el nombre del castigo á que condenaban los romanos á ciertos criminales: *ad plagas* (el Sr. Bonafoux lo sabrá, pero no por el Diccionario de la Academia, que no lo dice); pues bien; á esos latigazos condenaría yo á cuantos copian ó imitan muy de cerca literatura ajena. Paso porque el que tenga afición á lo clásico imite á los antiguos, como hacía Racine; pero á los contemporáneos hay que dejarles íntegro lo suyo; y así, en mi concepto, decía bien Scudery: *Ce qui est étude chez les anciens, est volerie chez les modernes*. No se puede acusar á un literato de cosa más fea que el plagio, no ya sólo por motivos de honradez, sino porque es suponerle nulo, incapaz; y Rousseau hacía bien en irritarse ante acusación semejante, porque, como él decía: *Ce sont de gens pourvus de bien peu du talent par eux mêmes, qui se parent ainsi de ceux d'autrui*.

Yo no transijo de buen grado ni siquiera con los plagios del genio, y la teoría del robo con el asesinato, si me parece ingeniosa, me parece poco justa. Shakespeare, con ser quien es, tan original en el fondo, que se explica la paradoja de Vic-



tor Hugo que decía: «la naturaleza se parece á Shakespeare(1),» hubiera hecho mejor absteniéndose de tomar, de 6.043 versos, 1.771 á poetas que le precedieron; para mí es esto más grave que lo que hizo con los argumentos y hasta con la acción y las situaciones de tantas obras dramáticas anteriores; y eso que, en mi juicio, acaso aumentaría el mérito del gran trágico si se pudiera decir: «Señores, es cosa segura que el autor de *Hamlet* no debe nada á nadie; no ya á sus compatriotas, sino tampoco á los extranjeros; y así, es cosa averiguada que es una suspicacia infundada de autores italianos el creer que Macbeth debe acaso sus *Brujas* á las *streghe* de la tragedia del italiano Giraldi, *L'Orbecche*; y cabe asegurar que es una *obtusidade cornea* el decir que de la *Arrenopia* del mismo Giraldi, ó de una novela italiana de parecido argumento, pudo Shakespeare sacar el asunto y la intriga de *All's well that ends well*, como también piensan algunos, y también se equivocan, que pudo tomar la famosa Porcia la *jurisconsulta*, ó, mejor, *oradora*, del *Mercader de Venecia*, de la citada *Arrenopia*.» Yo, señor Bonafoux, atribuyo el

(1) Aquí tiene Bonafoux otro plagio mío: yo leí á Shakespeare antes que el libro *Shakespeare*, del poeta francés; una tarde, en mi huerta, en la aldea, á los veinte años, se me ocurrió pensar una idea análoga á esa, y la escribí después en mis *Solos de Clarín*. Años después leí la frase de Víctor Hugo. ¡Plagio!

mayor encanto de *Romeo y Julieta* á la *manera* de Shakespeare; pero no cabe negar, que aún sería mayor el mérito si hasta el asunto fuese suyo y no se pudiera decir que probablemente el divino poeta tomó la *materia primera* de Arturo Brooke en su *Historia trágica de Romeo y Julieta*, que á su vez está sacada, como la tragedia *Adriana*, de Luis Groto, de la novela *Julietta* de de Luis Porto.

Conocerá usted, de fijo, señor Aramis, la famosa *Mandrágora* de Machiavelli, ó Maquiavelo por acá, y de fijo sentirá usted disminuir algo su admiración, como me pasa á mí, pensando que tal vez tomó para ella acción y situaciones de la *Mandragoreggiata* de Alessi... ¿Quién no ha oído hablar de los llamados plagios de Sardou? ¿Y qué duda cabe de que algo ganaría el dramaturgo francés con que, v. gr., el cuarto acto de su famosa obra *Nos intimes*, no estuviera copiado, según dicen, *textualmente*, de una obra desconocida, *Le discours de rentrée?*... El muy pío Virgilio, el maestro del Dante, ¿no pierde algo de su gloria cuando se sabe que no sólo tomó materiales de Ennio, sino también de Nevio, de Lucrecio y de otros varios? En fin... en fin, dirá Aramis, señor *Clarín*, eso es escaparse por la tangente, y lo que quiere usted con ese discurso á lo don Hermógenes, es que olvidemos á *Madame Bovary* y los plagios de usted.



—Habla usted como un libro, joven Aramis. Vamos al caso. Pero conste que soy de los que no admiten el plagio, ni atenuado siquiera. Ahora, lo que es seguro que ha sido coincidencia y no imitación ni copia, eso claro está que lo absuelvo. Así, v. gr., para mí no pierden nada *La Courtisane amoureuse*, de Lafontaine, ni Manon Lescaut, Marion Dêlorme y Margarita Gauthier, porque en el teatro indio se haya encontrado un drama antiguo, atribuido al rey Çûdraka, y titulado *Mriquiakatikâ*, en el cual hay una *horizontal* de muy buen corazón, llamada *Vasantasena*, que, según dicen, es la primera y acaso la mejor edición de la pecadora redimida por el amor, etc., etc. Sería absurdo pensar que Alejandro Dumas copió su *Margarita de Vasantasena*. Todavía hay otro parecido más acentuado en el teatro japonés, en una comedia titulada *Kami-ya Giyè* (Giyè el papelero, como si dijéramos), en la cual se encuentra un argumento semejante en lo esencial al de *La Dama de las camelias*. O'Haré, una cantarina, es la querida de Giyè, que tiene mujer legítima, pero quiere hacer de su amada O'Haré una *mekakè*, ó su concubina legal. Esto cuesta dinero, porque es cosa cara el librar á la pobre cantante de su baja condición de *ghesha*, ó meretriz de inferior categoría. El papelero quiere empeñarse para alcanzar su propósito, y entonces inter-

viene su padre, que recurre á la generosidad de la cortesana y consigue que ésta se haga despreciar de su amante, para que Giyè vuelva al buen camino. ¿Qué diría Bonafoux si una invención mía se pareciese á otra cualquiera, como se parece á esta comedia japonesa la famosa obra de Dumas? Y sin embargo, es absurdo suponer que el dramaturgo francés fué al Japón por su hermosísima figura Margarita Gauthier.

V

Y ahora vuelvo yo de Yedo, y como mejor proceda en derecho, digo:

Bonafoux asegura que cierta novela mía, titulada *La Regenta*, es plagio de *Madame Bovary*, y para ello se funda en que madame Bovary va una noche á un teatro con su marido y allí se encuentra con su amante, y no pasa en el teatro nada de particular; y en *La Regenta* también va la protagonista al teatro, y allí está un señor que la quiere decir que la adora, pero que todavía no se lo ha dicho. Tenemos como prueba de plagio, un teatro: teatro en *Madame Bovary*, teatro en *La Regenta*. Un marido: marido en *Madame Bovary*, marido en *La Regenta*; una esposa (id. id., id.); un amante en *Mada-*